

é infalible de su Iglesia. Medítela, pues, cada cual, penétrese bien de ella, y reforme, si necesario es, sus opiniones particulares ante esta enseñanza exenta de error.

Una vez comprendido este principio fundamental, probemos de dar una solución clara á las dificultades que se alegan por muchos para privarse ó privar á los otros de los inefables beneficios que alcanza el que comulga con frecuencia.

Mas antes de entrar en materia, establezcamos algunas distinciones importantes:

Comulgar tres ó cuatro veces á la semana, y con mayor motivo comulgar cada dia ó casi todos los dias, es comulgar con frecuencia y con frecuencia absoluta.

Comulgar los domingos y dias de fiesta no es comulgar con frecuencia, tratándose de los sacerdotes, de los religiosos y religiosas, de los seminaristas, y en general de los cristianos que hacen profesion de aspirar con fervor y celo á la perfeccion; pero es realmente comulgar con frecuencia, respecto de los niños y de la gran masa de fieles que no puede consagrar mucho tiempo á las prácticas de piedad.

Comulgar cada mes ó en las grandes festividades no es una Comunion frecuente para nadie,

ni para los hijos del pueblo ni para las gentes del campo, ni para los obreros. Esto no quiere decir que no sea una práctica excelente que debe recomendárseles encarecidamente cuando no se pueda alcanzar mas; pero, de todos modos, no es la Comunion frecuente.

Esto sentado, oigamos y discutamos.

I.

Para comulgar á menudo es necesario ser mas santo de lo que lo soy.

Y para llegar á ser mas santo de lo que eres, es necesario comulgar á menudo.

¿Quién de nosotros dos tiene razon? Evidentemente eres de los que consideran la sagrada Comunion, no como un medio, sino como una recompensa; error profundo, como deciamos poco há.

Es mucha verdad, que para comulgar frecuentemente, se necesita cierta santidad. Pero, ¿qué santidad es esa? ¿Es acaso la perfeccion de los grandes santos y de los mártires? De ninguna manera; seria de desear sin duda, pero no es un

requisito; la santidad *exigida* para la Comunión frecuente está á tu alcance y al de todos los verdaderos cristianos, como quiera que es simplemente el estado de gracia con el firme propósito de evitar el pecado y servir á Dios con fidelidad.

¿Se puede pedir ménos? ¿No conoces que Dios te ha de pedir indispensablemente esta disposición del corazón, cuando sin ella no es posible que seas un verdadero cristiano? Porque, dime, ¿qué es un cristiano que permanece en estado de pecado mortal y se complace en el mal? Mas aún; ¿qué es un cristiano, un hijo de Dios que, *con deliberado propósito*, comete y ama el pecado venial?

Como observa Bourdaloue (1), no debemos confundir nunca lo que es *de precepto* con lo que es meramente *de consejo*, confusión que embrolla, desde hace dos siglos, nuestra piedad y despuebla nuestros templos. Solo una disposición hay que sea *de precepto* para comulgar digna y útilmente, á saber, el estado de gracia, acompañado del firme propósito de evitar *á lo menos* el pecado mortal y las ocasiones que nos hacen caer en él. Esta es la ley que rige á toda Comunión, ora sea frecuente, ora no lo sea; ya se

(1) Sermon sobre la Comunión frecuente.

trate de la Comunión cotidiana del sacerdote, ya de la pascual del comun de los fieles. "Solo el pecado mortal, dice santo Tomás, es un obstáculo absoluto para la sagrada Comunión (1);" y Suárez dice igualmente que, "ningun Padre ha enseñado que para comulgar digna y provechosamente se *necesiten* condiciones de mayor perfección [2]. Que estas disposiciones mas perfectas se han de desear y muy de desear, nadie lo pone en duda; la Iglesia las pide á todos los fieles, principalmente á los que comulgan á menudo. Pero al fin y al cabo estas mejores disposiciones son de conveniencia, *de consejo*, y no de precepto riguroso, *ex quadam convenientia*, como dice tanto Tomás, y un buen director, aunque las recomiende con las mayores instancias, no las exige de una manera absoluta, por miedo de privar á las almas del único remedio que las preserva tal vez de caídas mas graves. Inecesario es añadir que cuanto mas á menudo comulgamos, tanto mas estamos obligados á tener una conciencia mas delicada, á amar á Dios con un amor mas puro y hacerle una entrega

(1) Ex necessitate quidem impedit hominem ab hujus Sacramenti receptione solum peccatum mortale. (III p. q. LXXX a VII).

(2) Disput. LXIII. sect. 3.

mas total y generosa de todos nuestros afectos y sentimientos, potencias y sentidos; de suerte que tratándose de la Comunión cotidiana, el consejo se confunde con el precepto (1.)

De todo lo cual resulta que, para comulgar con frecuencia y *dignamente*, Nuestro Señor solo te pide en definitiva que seas un verdadero cristiano y que te halles sinceramente animado de *buena voluntad*. Esa buena voluntad, ¿la tienes? Responde en conciencia. Si no la tienes estás obligado á adquirirla; de otra suerte violas las sagradas promesas que hiciste en el Bautismo; y si la tienes, ¿por qué no ir á comulgar, á fin de robustecerla y confirmarte mas y mas en ella? Tal es el argumento claro y sin réplica que en otro tiempo dirigia á los fieles de Constantinopla el grande Arzobispo y doctor San Juan Crisóstomo: “O bien estais en gracia de Dios, les decia, ó no. Si estais en gracia, ¿por qué no habeis de recibir la Comunión, que ha sido instituida para manteneros en ella? Si estais en pecado, ¿por qué no habriais de ir á purificaros por medio de una buena confesion, y acercaros en seguida á la sagrada mesa, en don-

(1) Vease el *Cielo abierto*, per el abate Favre, misionero de Saboya, donde se trata de esta materia con mas extension.

de recibireis la fuerza necesaria para no volver á caer? ”

II.

No soy digno de acercarme á Dios.

Si esta razon fuese valadera, no podriamos comulgar nunca, porque, como dice San Ambrosio, “el que no es digno de comulgar cada dia, ¿lo será al cabo de un año?” (1)

Dices que eres indigno de comulgar; ¿pero no sabes que á medida que te vas alejando de Jesucristo, te haces indigno y mas indigno de acercarte á El?

Tus faltas crecen cuanto menos frecuentes los Sacramentos, porque te privas de aquel Pan de vida que el concilio de Trento, con San Ignacio de Antioquia, propone á los fieles como antídoto contra el pecado y prenda segura de la inmortalidad. (2)

(1) *De sacramentis*, lib. V., cap. IV.

[2] *Antidotum peccati, pharmacum immortalitatis*. (Epistolae.—*Antidotum quo liberamur a culpis quotidianis, et a peccatis mortalibus praeservemur*. (S. 13, cap. II.

Deja, pues, á un lado esa falsa humildad, esa humildad de contrabando. Muy bien sabe la Iglesia que no eres digno de comulgar, y sin embargo te invita á hacerlo con frecuencia y con mucha frecuencia, si quieres llegar á ser un verdadero servidor de Dios. Tambien sabe ella que no eres digno de comulgar, ni tú ni nadie, que obliga á todos sus hijos, á los sacerdotes y hasta á los mismos obispos, á decir, no una vez sola, sino tres veces y del fondo del corazon, antes de comulgar: *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum.* ‘Señor, no soy digno de que entres en mí.’

La Iglesia no te hace comulgar porque seas digno, sino porque tienes necesidad de comulgar para ser lo ménos indigno posible de tu santísimo y bondadosísimo Señor. Te exhorta á comulgar, no porque eres santo, sino para que puedas llegar á serlo; no porque eres fuerte, sino porque eres débil é imperfecto, inclinado al mal, facil de seducir y pronto á pecar.

El *miedo* á Dios no es una virtud; la perfeccion de la piedad es el *amor*. Ahora bien: el verdadero amor, ó lo que es igual, “la perfecta caridad echa fuera el temor,” (1) el temor ser-

[1] Perfecta charitas foras mittit timorem. (I Joan. VI, 15).

vii. La caridad no conserva del temor sino aquel respeto filial que se concilia admirablemente con la ternura y la confianza, y que podríamos llamar el *respeto áel amor*. El temor servil, ó mas bien cerval de Dios, es propio de esa piedad jansenista, tan falsa como peligrosa, que cierra y oprime el corazon, destruye el amor y la confianza, seca los mas generosos sentimientos y arroja á las almas al vacío y á la desesperacion.

La verdadera humildad va siempre acompañada de la confianza. Un piadoso doctor del siglo cuarto se pregunta: ¿Cuál es mas humilde, el fiel que comulga con frecuencia, ó el que lo hace raras veces? Y responde sin vacilar que es mas humilde el que recibe mas á menudo á Jesucristo, porque con esto da una prueba cierta y una señal indubitable de que conoce mejor su miseria y de que siente mas la necesidad de remediarla.

Animo, pues, y confianza; vé á Jesus, puesto que te ama, indigno como eres de su amor; dirígete á El con humildad, ternura y sencillez y fija mas tu consideracion en el amor que te tiene Dios que en tus propias misorias: que cuanto mas comulgarás mas digno serás de comulgar.

III.

Cuando se comulga á menudo, este acto tan grande y trascendental llega á hacerse por rutina, y no causa ya ninguna impresion.

Que no cause impresion á la imaginacion y á los nervios, es imposible; pero no sucede lo mismo con la voluntad. Dígolo por experiencia, pues mi ministerio me permite asistir cada dia como testigo á las asombrosas y admirables transformaciones que la comunion frecuente opera en los corazones bien dispuestos.

Cierto es que si en la comunion no se van á buscar sino las dulzuras de una devocion sensible, acontecerá á veces que vayan disminuyendo, á medida que mas se frecuente el Santísimo Sacramento..... Pero en la comunion no hemos de ir á buscar una devocion sensible, lágrimas é impresiones: si Dios nos las dá, démosle gracias por ello, á la manera que un niño da gracias á su madre por los dulces y golosinas que ésta le dá despues de la comida, pero así como los postres son poco nutritivos y no pasan

de ser un accésorio de la comida, así tambien en la vida espiritual y devota, y en la comunion que es el grande acto de la misma, debemos poner la mira en lo sólido, debemos aspirar al acrecentamiento de las virtudes cristianas, de la humildad, de la mansedumbre, de la penitencia, de la propia abnegacion y de la caridad, y no dar demasiada importancia, á los consuelos sensibles que en su último resultado son unos como dulces y golosinas espirituales.

“No os engañe el pensar que tendreis más devocion cuando comulgareis con menos frecuencia, dice San Alfonso. No hay duda que come con mas apetito el que come de tarde en tarde; pero en cambio está muy léjos de tener las mismas fuerzas del que hace sus comidas á horas regulares. Si comulgais pocas veces, acaso os sintais más conmovidos, acaso vuestra devocion sea algo mas sensible; pero no creais por eso que vais á sacar mas provecho de la Comunión, porque a vuestra alma le faltarán fuerzas para evitar las faltas.

No dés, pues, demasiada importancia á un fervor algo mas sensible, pero pasajero; y emprende el camino de la piedad con miras mas elevadas. Proponte por objeto en tus Comuniones alcanzar el verdadero amor práctico de Je-

sss, y lo conseguirás siempre. Cuando comulgares para ser mas fuerte en las tentaciones, para ser mas casto, mas dado á la oracion, mas animoso en los combates de cada día, puedes tener la seguridad de que sacarás gran provecho de tus Comuniones, y de que cuanto mas frecuentes sean, tanto mas efecto te producirán.

IV.

Temo familiarizarme con las cosas sagradas.

Este temor puede ser bueno, como puede dejar de serlo. Si por *familiaridad* entiendes negligencia y rutina, tu temor es justo.

La rutina es á la buena costumbre lo que el abuso al uso. Conviene usar de las cosas buenas, no abusar; pero tampoco conviene que el temor del abuso nos impida el uso. De otra suerte no se podria hacer nada, porque se puede abusar de todo. Guárdate, pues, cuidadosamente de la rutina en las cosas que son del servicio de Dios.

Mas si por familiaridad entiendes intimidad, union habitual, tierno abandono y dulce confianza, harias muy mal en cerrar la entrada de

tu corazon á un sentimiento tan digno de las consoladoras verdades de nuestra Religion.

Al aconsejarnos la Comunion frecuente, la Iglesia nos exhorta á la verdadera familiaridad con Nuestro Señor, que es nuestro amigo celestial, y cuyo amor se concilia maravillosamente con el respeto.

¿Quién ha profesado mas profundo respeto á Dios que los Santos de todos los siglos? Y sin embargo, ¿no le han amado siempre con las mas tierna e íntima familiaridad? Y sin remontarnos tan alto, de los cristianos que conocemos, ¿quiénes son los que respetan mas de veras á Dios y su ley, y sus sacramentos, sino los que los frecuentan con más asiduidad?

No solamente no debes temer familiarizarte con Jesucristo, *habituarte* á frecuentar el divino Sacramento, sino que debes procurar con el mayor empeño adquirir y formarte esta santa costumbre. Los buenos hábitos son tan de desear, como peligrosos son los malos.

Puédese afirmar que nadie es verdadera y sólidamente cristiano, sino cuando el servicio de Dios ha llegado á ser para él un hábito, una segunda naturaleza; ahora bien, la sagrada Comunion es el centro del servicio de Dios. "Un día sin misa y sin Comunion es para mí como

un plato sin sal," me decía una vez un excelente servidor de Dios protestante y convertido.

Acostúmbrate á comulgar, á comulgar bien, y para ello comulga con frecuencia. "No se hacen bien, dice San Francisco de Sales, las cosas que no se hacen á menudo, y los mejores oficiales son los más prácticos en las cosas de su oficio."

V.

No me atrevo á comulgar sin confesarme, y no puedo confesarme á cada momento.

Y ¿quién te pide esa perpétua confesion? La Iglesia, que nos exhorta encarecidamente á comulgar á menudo y hasta, si posible es, á comulgar cada dia, nunca nos ha impuesto la obligacion de confesarnos cada vez que comulgamos.

No hemos de ser más católicos que el Papa, no hemos de crearnos obligaciones que, léjos de habernos sido impuestas, ni siquiera se nos aconsejan. Aun más añadido que en el caso presente tu temor es opuesto al espíritu de la Ige-

sia. No hay más que un caso en que, segun el concilio de Trento, haya *obligacion* de confesarse antes de comulgar; á saber: "cuando se tiene conciencia de haber cometido un *pecado mortal, sibi conscius peccati mortalis* (1)." Pero las almas cristianas que se acercan con frecuencia á los Sacramentos, pocas veces caen en pecado mortal.

Por lo que toca á aquellas faltas ménos graves que se llaman veniales y que son inherentes á la flaqueza humana, la fe nos enseña expresamente que quedan *completamente* borradas con un acto de amor de Dios y de sincero arrepentimiento; y para facilitarnos todavía más esta purificacion, la Iglesia en su solicitud maternal ha establecido, con el nombre de *Sacramentales*, medios muy sencillos con cuyo empleo quedan purificadas nuestras conciencias: tales son, entre otros, hacer la señal de la cruz con agua bendita, rezar el *Padre nuestro*, el *Confiteor* en la misa, etc.

Y si despues de esto titubeases aún en comulgar á causa de algunos pecados veniales que habieses cometido desde la última confesion, oye al concilio de Trento, la gran voz de la

(1) Conc. Trid., sess. 13, cap. VI.

Iglesia católica, declarar que “la sagrada Comunión preserva del pecado mortal y borra las culpas veniales. (1).”

Medita y comprende bien estas palabras del Concilio; no fué instituida la confesion para borrar tus faltas de cada dia, sino la Comunión, esa Comunión á la que tienes tanto miedo. Las *culpas cotidianas*, con tal que te arrepientas sinceramente de ellas, con tal que las detestes, la Comunión las devorará directamente como el fuego devora la paja; el fuego no consume las piedras ni el hierro; pero sí que devora y consume la paja. Ahora bien, las piedras y el hierro son los pecados mortales que solo pueden desmenuzarse y reducir á polvo el rudo martillo de la confesion; la paja son esas faltas ménos graves que por desgracia cometemos cada dia, á pesar de nuestros buenos deseos.

El jansenismo es el que introdujo entre nosotros este temor anticatólico, que, bajo pretexto de mayor santidad, ensalza la confesion á expensas de la Comunión, nos fatiga con una carga abrumadora de escrúpulos, falsea nuestras conciencias, y con terneros *respetuosamente* ale-

(1) Antidotum quo liberemur a culpis quotidianis et a peccatis mortalibus praeservemur. *Conc. Trid., sess 13, c. 11.*

jados de la Eucaristía, foco vivo y fuente de toda santidad, hace las delicias del diablo.

Si Dios reina en tu corazón, comunlga valerosamente, sin temor, antes bien con gozo, á pesar de tus cotidianas flaquezas. Si fueses á encontrar muy á menudo á tu confesor, podrias tener acaso temor de cansarle; pero yendo á comunlgar á menudo y aun cada dia, no cansarás á Jesus que tanto te ama: te lo aseguro.

VI.

No se puede comunlgar sin preparacion, y no tengo tiempo para preprarme del modo debido.

La cuestion no está en saber si se puede comunlgar sin preparacion; claro está que un acto tan sagrado no puede hacerse á la ligera é inconsideradamente. La falta de preparacion lleva á la tibieza y hace no solo inútiles, sino hasta peligrosas, las mas excelentes prácticas religiosas. Sí, no hay duda: debemos prepararnos y prepararnos con el mayor cuidado y solicitud, para recibir la sagrada Eucaristía; más todavía, cuando nos hayamos preparado bien y muy bien,